

**“RAYO DE LUNA NUEVA”**. Carlos Sastre.

Como un rayo de luna llena, caminante de un camino mil veces andado, así regresaba el pequeño Fon junto a la Tona, atisbando ya las primeras luces del pueblo por la vereda de San Miguel. La perra jadeaba por el cansancio, tras haber recorrido gran parte de la jurisdicción. El Fon había pasado todo el día de caza. La luz menguante de los últimos días de septiembre tocaba a su fin, y con ella el Fon sentía que su vida se le escapaba entre los dedos. Esa semana emprendía un viaje sin retorno.

La vida había arrollado el rostro de la chica. Ojos pintados, carmín en los labios, otra cicatriz en el alma...y al fondo las luces de neón del último bar abierto de la Gran Vía. ¡Dios! ¡Cuánto había cambiado! Menos mal que ella le había reconocido... ¡Eh, tú!...pero ya no saludas... ¿o qué? Joder tía...pero, ¿qué te ha pasado? Ya ves, tío... En medio de la calle del olvido, tantos años después, dos desconocidos se vuelven a encontrar...uno frente al otro...mudos...y con tantas cosas que contarse.

Ese último verano en el pueblo había ejercido de frontera en la vida de todos. Hasta entonces, los límites eran el pecho hacia Treviana, el piquillo cuando se acercaban con sus bicis a merodear a alguna muchacha de Herramélluri o las fiestas de Tormantos el día de la Virgen de Agosto. Fuera de esos límites, no había nada. El mundo se concentraba entre las casas del pueblo y los mil y un escondrijos de la jurisdicción. El río, la chopera de Alfredo, San Totís, Fuente Leiva o el royo. Y en medio, historias, travesuras, aventuras...y la quietud del devenir de los días eternos.

En la escuela, don Esteban imponía su orden. El Fon compartía clase con el Marcos, el Juan, la Alejandra y su prima Paula. Las frías mañanas de invierno, El Fon esperaba a Marcos en la esquina de la casa de la Pepa. La Pepa, para esa hora, ya hacía tiempo que había abandonado el calor de las sábanas y se afanaba detrás del pequeño mostrador. Los más madrugadores se acercaban a la tienda al cálido olor del pan recién hecho. ¡Buenos días Capullo! ¡Que no me digas Capullo! El Fon maldecía cada vez que le mentaban el mote familiar. Dile a tu padre que esta tarde hacemos el trasiego de la cubeta...no se te vaya a olvidar. ¡Anda por ahí! Y echaban a correr, pues el reloj de la Iglesia rezumaba los cuartos y don Esteban estaría a punto de llegar a la escuela... Se lo diré, ¡adiós, Malaspulgas!, se vengaba el Fon. Las risas resonaban en las cuatro esquinas de la plaza, y el Fon y el Marcos corrían camino de las escuelitas, donde don Esteban ya daba los buenos días a los niños. Poco a poco, el pueblo se iba desperezando y se quitaba las sábanas de la noche. El sol hacía llorar a los campos, donde la escarcha se iba derritiendo poco a poco. Alfonso el Capullo, el padre del Fon, regresaba de dar de comer a los chones, y con el tiempo justo para almorzar unos huevos fritos con chorizo, emprendía el camino a la era para desterronar la tierra. En el majuelo le esperaba el Miguel, su hermano mayor, que le saludaba a regañadientes y le reprendía por el retraso. Mientras, su mujer, la María, ya había encendido a duras penas la cocina y trataba, en vano, de meter un poco de calor en el lar de la casa. La casa del Fon era la última del pueblo. Sola, a los pies del vetusto puente, junto a la fuentita, en medio de la nada. Esa misma mañana, mientras la María sacudía los jergones de la habitación, había visto a los funcionarios de Logroño colocar una placa en la fuentita: “Agua no potable”, rezaba el letrero. Hacía un mes, unos señores de la ciudad con batas blancas habían aparecido por el pueblo y se habían dedicado a recoger muestras de todas las aguas del pueblo. ¡Buenas María! Hola Zacarías. ¿Has visto lo que han puesto éstos de la capital en la fuentita? ¡Agua no potable! No te jode, ahora nos vienen con éstas los

señoritingos...que si tiene mucho hierro...de toda la vida de Dios hemos bebido agua de la fuentita... ¡y ahora nos salen con ésas! ¡Zascandiles!

El reloj se detenía entre las paredes de las escuelitas. El Fon miraba a través de los ventanales el trasiego de los labradores de regreso a casa para comer, y no veía la hora en que el reloj de la iglesia tañera las cinco de la tarde para correr junto a la Tona. No entendía por qué debía pasar seis horas todos los días entre esos muros. Para él, la vida estaba fuera, en el río, en el frontón, y no entre los libros que les hacía estudiar don Esteban...afluyentes del Ebro, por su vertiente derecha a su paso por la provincia de Logroño, Tirón, Najerilla, Iregua, Alhama...los reyes godos, Leovigildo, Teodorico, Ludovico... ¡de qué le servía todo eso a la hora de atrapar una rata en un meandro del río! ¡Acaso los reyes godos le iban a ayudar a distinguir el canto de una codorniz del piar del cuco en primavera!

Sobre esa hora, Alfonso el Capullo se acercaba al zulo de Chapas a catar el vino de Cañamero. Con un chusco de pan, un poco de queso, daban buena cuenta de los caldos de la tierra. ¡Oye Capullo! ¡Ten cuidado, no vayas a envenenarte con el agua de de allá bajo tu casa! Hombre, Chapas, pues si los ingenieros de la administración dicen que lleva mucho hierro, sus estudios tendrán para afirmarlo, ¿no? Que dicen que tiene mucho hierro... quia... ¡no ha de tener! Si cae directa del cementerio... Pues ahí es donde les escuece a los de Logroño... que el agua de los muertos sirva para que los vivos sacien su sed... ¡no te jode!

Don-don-don... ¡hasta cinco! En el reloj de la iglesia tañen cinco campanadas... y los niños se empujan en la puerta de la escuela. ¡Calma!, brama don Esteban. Pero, el Fon ya se llega a la casa, agarra a la Tona y se baja al río. Al pasar por la tasca de Pereda, sentado en el poyo, se topa con el Centenario, como cada tarde de sol tibio. ¡Buenas tardes Fon!, le saluda la calavera vetusta del Centenario. Al Centenario le contemplan dos siglos de guerras, revoluciones, restauraciones, dictaduras, dictablandas, repúblicas y hasta transiciones. El Fon venera al Centenario. ¿Ya has puesto los cepos donde te dije? Date cuenta que si no coges las ratas para San Segundo, olvídate hasta el otoño que viene. Y es que al Centenario no le hace falta saberse la lista completa de los reyes godos para conocer cuándo es la mejor época para atrapar las ratas en el río. Y por eso, el Fon le aguanta todas las tardes de sol tibio la misma cantinela al viejo: ya te he contao esa Fon, que van los del Perdiguero llorando y se cruzan camino de la ermita con las Trinis que también venían llorando, y les preguntan que por qué lloran... ¡ay, que se ha muerto don Fulgencio, el cacique! ¡Ay, pobrecico! ¿Y vosotros, por qué lloráis? ¡Ay, porque no se haya muerto antes el hijoputa! ¡Jajaja!... ¡quia!

El Fon todavía escucha las risotadas del Centenario cuando se arroja por la cuesta camino del río. Y es que en el río ha quedado con la Lupe, la pequeña del criado de don Fulgencio (hijo), el padre murió, ¡quia!... que ya no es su padre, pero que por eso no deja de ser don. Hace días que el Fon no concilia el sueño, anda con el apetito distraído y no coloca los cepos donde el Centenario le aconseja. Este año las ratas van a tener que esperar. El Fon ya no está para ratas, ni está para escuchar al cuco allá en la loma donde nace el Relarchigo. El Fon sólo tiene ojos para la Lupe. ¡Fon, que andas como alelao!, le grita el Tadeo, el de la Fuencisla, cada vez que va a recoger algún encargo para padre. Y es que el Fon anda medio atontao con la Lupe... ¿no andarás encoñao, Fon?, le espeta el Tadeo cuando regresa con el hatillo a casa de padre, ¡ándate

al quite! Pero el Fon, por mucho que se anduvo al quite, no pudo resistirse y, anda más allá que acá, todo el día como en Babia, sin otra cosa en mientes que los ojos de gata de la Lupe.

Y es que con la Lupe el tiempo transcurre deprisa. La noche los sorprende escondidos en la pequeña choza que han construido junto al molino. La Lupe, la pequeña del Teo, el mismo que llevaba las tierras de don Fulgencio (padre) y ahora lleva las de don Fulgencio (hijo), el padre murió...quia..., es una zagala de carnes prietas y la mirada viva. La Lupe, la pequeña del Teo, comparte con sus nueve hermanos una pequeña casita de adobe en la dehesa de don Fulgencio (hijo). La madre de la Lupe murió el año de la peste, y el Teo, ¡pobre hombre!, no tuvo más remedio que aguantar el tirón y criar a sus diez retoños como pudo. La Lupe, la pequeña del Teo, comparte con sus nueve hermanos la tez oscura y la mente preclara. Sin embargo, la Lupe, la pequeña del Teo, anda todo el santo día de Dios con el hatillo de aquí para allá, ayudando lo que puede en casa, y no tiene tiempo para asistir a la escuela ni para aprender de memoria la lista de los reyes godos... Leovigildo, Teodorico, Ludovico... ¡ni falta que le hace! La Lupe, la pequeña del Teo, sabe cómo cazar las ratas en otoño y los gamusinos en primavera, aunque no sepa los afluyentes del Ebro, Tirón, Najerilla, Iregua, Alhama... Eso es lo que le gusta al Fon de la Lupe, eso, y su tez morena, sus ojos verdes que simulan un pozo sin fondo, y su sonrisa eterna.

Y los días transcurren sin prisa, y las noches se vienen con calma, entre risas y juegos, con la Lupe en sus brazos, compartiendo confidencias con el Marcos, el Juan, la Alejandra y su prima Paula. El tiempo es un mosaico infinito de atardeceres en el río y de noches en la choza junto al molino. Sin embargo, ninguno de ellos parece percatarse de que el tiempo se acaba y siempre termina jugando malas pasadas. No parecen percatarse o no quieren hacerlo. Ese último verano fue el verano de todos ellos. Pero todos ellos sabían que las noches en la choza tocaban a su fin. Que en septiembre sus vidas se separarían para siempre. Marcos y Juan se irían a estudiar a Logroño, mientras que Alejandra lo haría a Bilbao con los jesuitas. Su prima Paula se quedaría en el pueblo, cuidando de su padre viudo. La Lupe pasaría a ser otra criada de don Fulgencio (nieto), y él, el Fon, emprendía un camino sin retorno a la gran ciudad.

Las últimas noches de aquel verano maldito, cuando se empezaba a levantar un cierzo que anunciaba la cercanía del otoño, el Fon salía al campo con la Tola para tratar de olvidar su destino. Sin embargo, cuando se acostaba en la cama soñaba con grandes rascacielos, coches, rostros anónimos, y perdido en una calle cualquiera de la gran ciudad, se despertaba sollozando del mal trago y empapado en un frío sudor.

Los calores del estío dejaron paso a la fina lluvia de finales de septiembre. Las lágrimas de los árboles junto a la iglesia tapizaron como una alfombra amarilla todo el paseo. Y sin darse cuenta, llegó el día de la partida. El correo pasó puntual por la carpintería de Fausto. En la estafeta del autobús, padre y madre con los bultos. La Lupe no aparecía. El Fon miraba en derredor intentando atisbar los ojos verdes de la muchacha, pero era incapaz de ver nada. El motor del autobús bramaba desesperado, y Elías, el chofer, presionó el claxon avisando de que estaban a punto de partir. Ya montado en su asiento, el Fon trataba de vislumbrar algo entre los cristales empañados por la lluvia. Allá, al fondo, cuando el autobús encaraba la primera curva de la carretera, a través del llanto húmedo de los cristales, el Fon creyó advertir el rostro tierno de la Lupe, despidiéndole, como ella sólo sabía, con una sonrisa en sus ojos. Y así el Fon

dejo atrás el pueblo, las ratas, el Centenario y, sobre todo, la tierna sonrisa de la Lupe, y se perfiló hacia la gran ciudad.

La vida del Fon en la gran ciudad transcurría entre las clases en la Facultad, el recorrido de ida y vuelta en el metro, y las tapas ocasionales en el barrio bajo. Sin embargo, a pesar de que un exiguo río bañaba la ciudad, el Fon no podía poner ceños para atrapar las ratas que malvivían en el fango del río. Ni podía salir al campo con la Tona a desentumecer las piernas y airear las ideas. La mayor distracción del Fon era acercarse al coqueto Cine Doré y sumergirse en la vida de los personajes que poblaban la gran pantalla. El Fon se aficionó a los grandes clásicos de la época dorada de Hollywood, y así descubrió a Humphrey Bogart como un astuto sabueso en “El halcón maltés” o a un atribulado Farley Granger en “Extraños en un tren”. No pasaba una semana sin que se sumergiera en las misteriosas historias de Hitchcock, en las ácidas comedias de Capra o en las dramáticas reflexiones de Kazan. Pero el Fon sabía que las prisas, los empujones y el bullicio de la ciudad no eran para él. Por eso, en cuanto las clases le daban una tregua, se cogía el autobús y se acercaba al pueblo a pasar unos días.

Sin embargo, en el pueblo, las cosas habían cambiado. Aparentemente, todo seguía igual. El Centenario en el quicio de la tasca de Pereda, los pocos niños que quedaban en el pueblo alborotando derredor de las escuelitas. Pero ya nada era igual. Quizá el que hubiera cambiado para siempre era el Fon. Aquel mundo rural ya no le pertenecía. Se encontraba en tierra de nadie, en el pueblo era el chico de la gran ciudad; y en la gran ciudad, el eterno chico de pueblo al que sólo le faltaba la boina. Como un apátrida, el Fon miraba con tristeza las casas que antaño había sentido como propias y que ahora le recibían cuan extraño.

En sus visitas al pueblo, el Fon se topaba con una Lupe también cambiada. Ya no era aquella chiquilla a la que le gustaba cazar ratas en los meandros del río. La Lupe soñaba con huir del pueblo, de aquella existencia plomiza, y labrarse un porvenir en la ciudad como cantante o actriz, ¡qué más da!, y emular las vidas de los personajes de las películas que el Fon devoraba en el Cine Doré y que después relataba a una Lupe que lo miraba con los ojos como platos y la boca entreabierta. Entonces, la Lupe perjuraba al Fon que un día se marcharía a la ciudad a vivir otras vidas y a ser mil mujeres. El Fon no la creía, hasta que un día, en una de sus escapadas al pueblo, se enteró que la Lupe ya no vivía en el pueblo, y que habitaba en una pequeña pensión de la gran ciudad. Que no había dejado constancia de dirección alguna, y que al parecer quería romper con su vida anterior. Desde aquel instante, el pueblo ya nunca volvería a ser lo mismo para el Fon.

Las vidas del Fon y la Lupe corrieron paralelas en la ciudad. El Fon prosiguió con sus clases, y a la Lupe pareciera como si se la hubiera tragado el trajín de la vida. Nada supieron el uno del otro hasta aquella tarde en la Gran Vía. ¡Eh, tú!...pero ya no saludas... ¿o qué? Joder Lupe...pero, ¿qué te ha pasado? Ya ves, Fon... El frío sol de invierno había dejado paso a los primeros neones de los antros que iluminaban tenuemente los adoquines de las aceras urbanas. El Fon se quedó paralizado ante la visión que contemplaban sus ojos. La Lupe, su Lupe, medias negras, bolso de cuero, carmín en los labios, cenicienta de saldo en aquella esquina, había hecho del amor su profesión. Pero Lupe...balbució el Fon atónito. Ya ves para que hemos quedado, Fon. Vine a esta ciudad a vivir otras vidas que el pueblo no me podía dar y ya la tengo. Eso sí, yo pensaba que aquí había más trabajos de los de triunfar... Y tus ilusiones, ¿dónde quedaron tus ilusiones, Lupe? Mis ilusiones son un rayo de luna nueva, sin resplandor.